



L

(A Juan Alvarez Macías)

A nueva autovía Sevilla-Huelva es un golpe a la nostalgia y a los recuerdos. Rodea, evita los pueblos. Los chalets de Gines quedan a un lado, confusos y distantes. Si el viajero sale de Sevilla buscando el mar, se encontrará en su camino con las tierras del Aljarafe. Desde la Cuesta de Castilleja, Sevilla aparece hundida en la transparencia del otoño seco. Cambia el aire. Si al viajero le sorprende en su camino la hora del crepúsculo, podrá ver el espectáculo del sol ocultándose entre los olivos, los rasgos sangrientos del atardecer, la blancura fugaz de las Haciendas. La nueva carretera quiebra la bajada del Guadiamar, la Cuesta de las Doblas, los nombres evocadores de Benacazón, Benazuza, Solúcar. Las tierras del Aljarafe llegan, más o menos, hasta los aledaños de Niebla. Por el Sur, las Marismas. Viajamos hacia Moguer, pero antes es preciso contemplar el mar. Casi toda la poesía de Juan Ramón proviene del mar. Las desiertas playas de Huelva, el mar brillante e inmenso de diciembre. De Huelva a Moguer en un autobús destartado, lleno de aire y de mujeres oscuras con canastos, que gritan y se afanan. San Juan del Puerto. Entramos ya en la geografía juanramoniana, aquellos viajes en tren, el coche de caballo hacia el pueblo blanco. La Rábida, rota por las chimeneas, el edificio de la Universidad de Verano, tan lleno de recuerdos. El autobús avanza y se detiene. Suben y bajan mujeres y muchachas. Gritan. Hombres envueltos en sus pellizas fuman obstinadamente. Más canastos. Nos vamos aproximando a Moguer. Casi aplastado por un canasto de huevos que viaja incierto sobre las rodillas de una mujer vieja y enlutada que come y escupe castañas, recuerdo aquellas palabras de Juan Ramón: «Yo nací enfermo, con un bloqueo cardíaco, y toda mi vida ha sido un altibajo de dinamismo y caimiento, de ilusión y desilusión, de ansia y qué más da».

—Señora —pregunto a mi vecina—, ¿usted conoce en Moguer a Juan Ramón Jiménez?

La mujer me mira unos instantes, absorta en las castañas.

—Pues no señor, no lo conozco. Pregunte usted en el Ayuntamiento.

Marzo 1981

A nueva autovía Sevilla-Huelva es un golpe a la nostalgia y a los recuerdos. Rodea, evita los pueblos. Los chalets de Gines quedan a un lado, confusos y distantes. Si el viajero sale de Sevilla buscando el mar, se encontrará en su camino con las tierras del Aljarafe. Desde la Cuesta de Castilleja, Sevilla aparece hundida en la transparencia del otoño seco. Cambia el aire. Si al viajero le sorprende en su camino la hora del crepúsculo, podrá ver el espectáculo del sol ocultándose entre los olivos, los rasgos sangrientos del atardecer, la blancura fugaz de las Haciendas. La nueva carretera quiebra la bajada del Guadiamar, la Cuesta de las Doblas, los nombres evocadores de Benacazón, Benazuza, Solúcar. Las tierras del Aljarafe llegan, más o menos, hasta los aledaños de Niebla. Por el Sur, las Marismas. Viajamos hacia Moguer, pero antes es preciso contemplar el mar. Casi toda la poesía de Juan Ramón proviene del mar. Las desiertas playas de Huelva, el mar brillante e inmenso de diciembre. De Huelva a Moguer en un autobús destartado, lleno de aire y de mujeres oscuras con canastos, que gritan y se afanan. San Juan del Puerto. Entramos ya en la geografía juanramoniana, aquellos viajes en tren, el coche de caballo hacia el pueblo blanco. La Rábida, rota por las chimeneas, el edificio de la Universidad de Verano, tan lleno de recuerdos. El autobús avanza y se detiene. Suben y bajan mujeres y muchachas. Gritan. Hombres envueltos en sus pellizas fuman obstinadamente. Más canastos. Nos vamos aproximando a Moguer. Casi aplastado por un canasto de huevos que viaja incierto sobre las rodillas de una mujer vieja y enlutada que come y escupe castañas, recuerdo aquellas palabras de Juan Ramón: «Yo nací enfermo, con un bloqueo cardíaco, y toda mi vida ha sido un altibajo de dinamismo y caimiento, de ilusión y desilusión, de ansia y qué más da».



Juan Ramón Jiménez,
por Daniel Vázquez Díaz.

JUAN RAMON JIMENEZ "El loco de Moguer"

JULIO MANUEL DE LA ROSA

Llegamos a Moguer. Blanco y extenso. Moguer. Me está esperando Ignacio Espina, un moguereno profundo, entrañable y viejo amigo, profesor de Literatura. Nos vamos despacio hacia la calle de la Ribera. Hace una mañana perfecta de diciembre. Huele a vino, a retama lejana. Francisco Pérez Serrano, director de la Casa-Museo de Juan Ramón, cuando fue alcalde de Moguer, dejó señalado para el viajero la ruta de Platero en unos preciosos y sencillos azulejos. Llegamos a la casa donde nació el poeta el 23 de diciembre del año 1881. Cuartel de la Guardia Civil, casa destartada y húmeda, cristales rotos, un vago jardín, un «pobre balcón mudéjar a lo maestro Garfía». Un guardia nos explica mientras un perro fiero de ojos enloquecidos nos ladra incansablemente desde la azotea. La antigua calle de las Flores, donde se

ponían por la tarde los marineros, navaja en mano. Los marineros —me dice Ignacio Espina— tenían los ojos azules. Eran hombres diferentes.

El vino y el pan

YA no existe el río con sus listas paralelas de agua. Buscamos las huellas del agua, el viejo puerto sepultado en el cieno. Moguer se murió en parte por este río; a Moguer se le escapó la vida conforme el río se iba secando. Mira los brazos. Se distinguen todavía, miserables en agua, cada brazo con su leyenda, con su hado bueno o malo. El río, el puerto de Moguer y nunca un barco. El río Tinto, que pasa por Moguer y desemboca en el mar, cerca del puerto de Huelva. Los barcos vinateros salían

triunfo 83

JUAN RAMON JIMENEZ, «El loco de Moguer»

de aquí, repletos, hacia Málaga, Cádiz, Gibraltar y el norte de África.

MUY despacio paseamos por la calle de la Ribera. Entramos en la «casa de enfrente», la casilla de Arreburra, el aguador de Platero. Ahora es una taberna de mostrador minúsculo. Tomamos contacto con el vino de Moguer, con el mosto mágico rubio oscuro que los hombres beben a palo seco. Ritual del vino, olor extenso y profundo de las bodegas de Moguer, las bodegas del padre de Juan Ramón: Diezmo, Ilascuras, la Castellana, Molino de la Coba. Toda una familia, un pueblo girando en torno al vino. Bebemos muy despacio. El vino se va haciendo calor en el cuerpo. Juan Ramón Jiménez nació en el seno de una familia rica por el vino. El alma de Moguer era entonces el vino. «Moguer es como una caña de cristal grueso y claro, que espera todo el año, bajo el redondo cielo azul, su vino de oro». La filoxera trajo la ruina al pueblo. Los hombres vuelven las cabezas y nos miran. La palabra acaba de estallar como un viento negro. Filoxera: «Plaga de la vid, consistente en un insecto que ataca primero a las hojas y después a las raíces». La filoxera arruinó a la familia. Entre 1905 a 1955 —nos dice Francisco Pérez Serrano— no se construye en Moguer una sola casa. Son cincuenta años de decaimiento. Como una mala borrachera, usted, media un hombre con el vaso en la mano.

Salimos de nuevo al sol de la calle. Nos vamos alejando del viejo barrio de los marineros y seguimos hablando del vino. Por esos años despierta Juan Ramón, sale de su crisálida tenaz de adolescente soñador y vulnerable, niño en el colegio de los Jesuitas del Puerto de Santa María, las inmensas tardes del colegio, las inquietudes de Fernando Villalón, el padre Zebriany, Juanito Brillantina. Los primeros poemas. Llega hasta Moguer una tarjeta postal de Villaspesa, firmada también por Rubén Darío. Tras unos meses locos y modernistas en Madrid, Juan Ramón, cansado, regresa a Moguer en verano. La ruina de la familia coincide con la larga estancia de Juan Ramón en el pueblo. Cuando el padre muere, Juan Ramón estaba dormido: «Cuando murió mi padre tenía yo diecisiete años. Murió repen-

tinamente, mientras yo dormía, y me despertaron los gritos de mi hermana, que tenía a mi padre muerto en sus brazos. Yo era un muchacho sensitivo y la conmoción fue enorme. Sufrí un desequilibrio nervioso grande y estuve en tratamiento con el doctor Simarro.»

Es la época de los sanatorios: Castel d'Andoste, Sanatorio del Rosario, dos años decisivos en la casa acogedora del doctor Simarro. La muerte del padre y la ruina del vino.

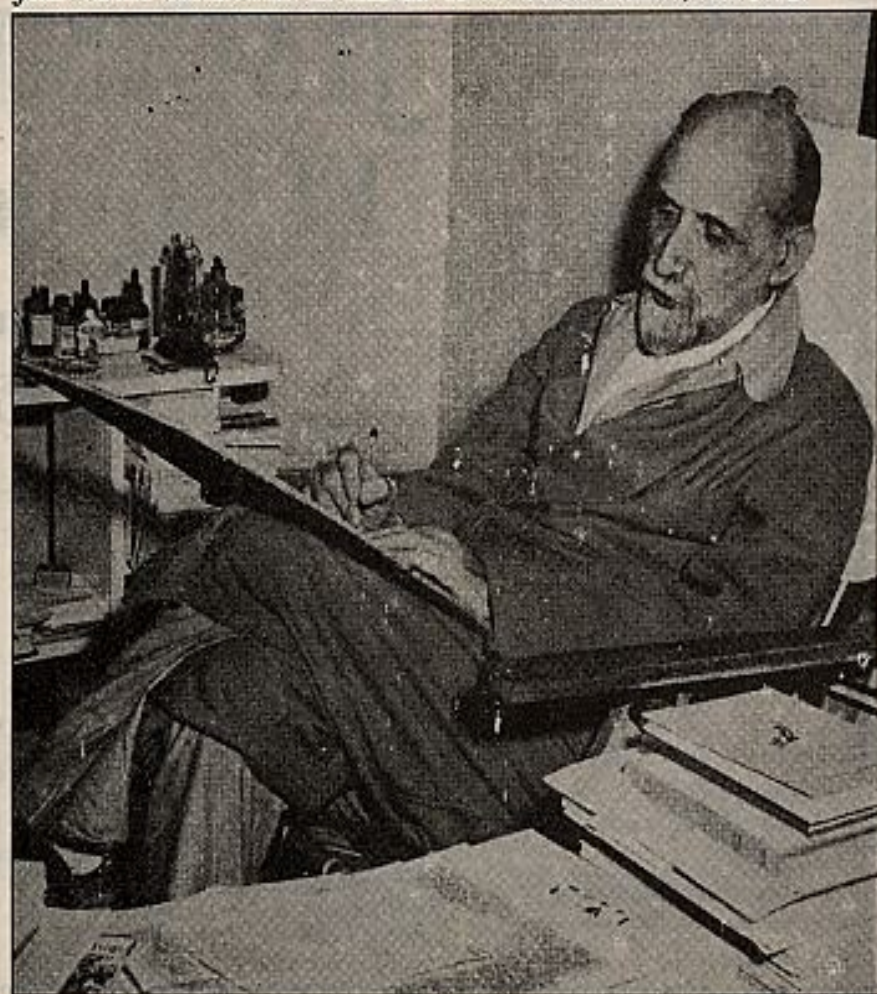
NOS sentamos en una vieja y noble bodega de techo altísimo. Nos atiende un moguereno pausado.

—No te preocupes, que viene —me dice Ignacio Espina consultando con

los ojos la gran puerta de la bodega.

Estamos alrededor de una mesa diminuta pegada a la pared. Esperamos a un viejo vinatero que conoció a Juan Ramón. El hombre aparece puntual, con su pelliza de buen ver y su gorra de visera, los ojillos irónicos, el paladar prestigiado por 80 cosechas, roja la nariz. Ignacio Espina entiende como nadie la marcha interior de estos hombres. Alguien le consulta, le pone tres botellas encima de la mesa. Don Enrique prueba el vino, se deja caer delicadamente el vino en la boca experta, lo paladea y lo escupe. Emite el veredicto, dogmático, absolutamente convencido y nadie rechista. Arte y filosofía de la vida. Vino con peste, vino con chero,

Juan Ramón convaleciente en casa del doctor García Madrid, año 1952.



vino con maldad. Anela, paral, bojo. Don Enrique da por terminada la lección y surge la pregunta. Don Enrique me mira sonriente.

—Estaba loco —dice rotundo—: Juan Ramón estaba loco. Casi todos los que escriben ahora tanto de él, escriben de memoria. Ninguno lo conoció. Usted es muy nuevo, ¿usted lo conoció?

—No señor, yo no.

—Pues eso, ya lo ve usted. Juan Ramón era muy raro. No salía a la calle.

Don Enrique bebe vino y enciende un cigarro.

—Todos se han ido muriendo —dice—. No queda nadie. Mucho televisor es lo que hay ahora, eso sí.

Don Enrique nos cuenta la primera vez que vio a Juan Ramón Jiménez. Fue en Madrid, en verano. «Iba yo con uno de Moguer que trabajaba allí y de pronto lo vimos pasar. Mira, ese es paisano tuyo. Era verano y Juan Ramón llevaba un abrigo con unos pelos así de largos, de esos que se ponen los rusos. Después lo veía algunas veces aquí, en el pueblo, cuando venía de vacaciones, en la puerta de su casa. Una sobrina mía trabajó mucho tiempo en el taller de costura que puso Zenobia aquí en Moguer. La mujer sí que era simpática y sencilla y muy práctica además. Juan Ramón no trabajaba. Escribir dicen que escribía muy bien, pero trabajar no trabajó nunca. Bueno, tampoco trabajan los toreros. Los artistas no trabajan. Era de una familia, de una familia rica de Moguer. Después pasó lo del vino. Mi familia también se arruinó. Todo el pueblo se arruinó.»

Con Platero entre las manos

NOS vamos a la Casa-Museo. Francisco Pérez Serrano es un hombre de exquisita cortesía. Me deja solo y en libertad. Hay muchas visitas. Extranjeros. Una vez más recorro la casa de Juan Ramón. Me deprimen los muscos, el traje negro junto a la cama. Conozco muy bien un mueble curioso, precioso; conozco cómo gira la llave y brotan los cajones: la última



Con uniforme de colegial en Sevilla, hacia 1894.

camisa de Juan Ramón, ya amarillenta, su último pañuelo, los zapatos de Zenobia, qué pequeños. Cadáveres. Me entra frío. Prefiero tocar las cajas de los poemas, esas cajas de cartón depuradoras y terribles, antologías cotidianas de la pureza del poeta: maldito (recuerdo) quien recoja lo que he tirado; maldito quien tire lo que he recogido. La letra torturada del poeta. Extraordinaria colección de revistas. Libros anotados. El pesebre de Platero siempre me pareció artificial. En la pared y en su marco, el telegrama del Nobel. Patio del aljibe. Coust of the well, cour de la citerne. Hasta del Japón vienen para estudiar la obra del «loco de Moguer». Juan Ramón Jiménez, fino y triste, en un ángulo del salón, por Joaquín Sorolla y Bastida. «Amor y poesía cada día». Platero se murió para siempre. Pérez Serrano me relata con mucho humor de la tierra las dificultades de todo un equipo de la televisión danesa para encontrar un burrito, no un burrito plateado, un simple burro para ser enfocado por las cámaras. Juan Ramón Jiménez-Premio Nobel de Literatura, por Daniel Vázquez Díaz. Ojos inmensos, barba nazarena. Encuentro con Emilio Durán, poeta sevillano del Colectivo de Poesía y Arte «Gallo de Vidrio», que preparan un homenaje a

Juan Ramón como pórtico de los actos que, durante el año 1981, se celebrarán en el centenario del poeta.

Salimos de nuevo a la calle. Ahora se trata de recorrer Moguer sin prisas, a nuestro aire. O mejor, al aire de Platero. O al aire que venga, al aire que nos de la gana, me dice Ignacio Espina. Bien duchado, bien desayunado, bien abrigado, en diciembre y en Moguer, ¿qué más se puede pedir, tío? Ignacio Espina, también barba nazarena, chilaba o manta mora sobre los hombros, se ríe. Nos vamos a la Cañada de las Brujas. Nos falta la luna —que no viene con nosotros—, grande, redonda y pura. Por aquí se asustaba Platero: «alguien se esconde, tático, a nuestro pasar». En esa casa vivió un hombre escondido desde 1936 hasta la muerte de Franco. Los vecinos lo sabían. El hombre se escapaba por las noches, corría por el campo, por aquí, fuera del pueblo, por la Cañada de las Brujas. Es otro escalofrío. O el mismo, quién sabe.

SANTA María de la Granada, iglesia parroquial del siglo XVIII, con una torre hermosa que recuerda a la Giralda, como una «Giralda vista desde lejos». Tiene la iglesia un patio recoleto, maravilloso, con esqueletos de naranjos. «Como el señor cura no podía entrar con el coche, los cortó», nos dice una mujer. Calle del Sol, salida de Moguer hacia el mar de Mazagón, casa de Aguedilla, la pobre loca. Comentamos una segunda evidente lectura de Platero que propone Michael P. Predmore. Platero deja de ser un texto azul e inofensivo. De nuevo nos imaginamos a Juan Ramón en el Moguer de su tiempo. Poeta en España, poeta en Moguer. Era muy serio, muy raro, siempre en su habitación, no salía a ninguna parte. No iba al casino, siempre tan preocupado. «Las condiciones adversas, los ruidos, la indiferencia, todo contribuye a que el hombre interior español viva triste». Después de los años en casa del doctor Simarro, Juan Ramón vuelve al pueblo. Es un hombre nuevo. Empieza Platero hacia 1906. Decisiva influencia de Francisco Giner de los Ríos y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Juan Ramón es un hombre ético, envuelto en un sólido deseo de austeridad auténtica. Formación modernista y espíritu krausista. Amor a los niños. La realidad y el orgullo de

JUAN RAMON JIMENEZ, «El loco de Moguer»

ser andaluz. Francisco Giner: «hacer de la vida religión y religión de la vida». Platero y la caridad. La oscura casa de Darbón. Platero fue un burro invisible y solidario. Recitamos de memoria: «De pronto, un hombre oscuro, con una gorra y un pincho, roja un instante la cara fea por la luz del cigarro...» Las mariposas blancas pasan sin pagar su tributo a los Consumos.

Almuerzo en el Mesón de la Parrala. Paco Pérez Serrano, Carmen Morales, Concejal de Cultura del Ayuntamiento, Ignacio Espina, Emilio Durán.

Hablamos de los actos del centenario. Pequeña investigación sobre la Parrala. Recuerdo entrañable a don

Aurelio Álvarez Josué, antiguo juez de Moguer, biógrafo de la Parrala, amigo de don Eustaquio Jiménez, hermano del poeta.

Después de la sobremesa, nos vamos a Fuentepiña. Dos kilómetros de paisaje íntimo. Vamos adivinando (soñando) los caminos entre pinos por donde pasaba Juan Ramón. Casita blanca con el pueblo a la espalda. Niños jugando en el porche. Tomamos café alrededor de la chimenea encendida. La casa no tiene luz eléctrica. Vamos de habitación en habitación. Salvo unas pequeñas obras, todo sigue igual. Salimos a la puerta. Ya está atardeciendo. Ahora es cuando Juan Ramón nos habla de verdad con el nombre exacto de las

cosas. El ocaso empurpurado. El malva célebre en la tarde infinita, bajo el pino de Platero. De pronto nos quedamos callados. Las rosas y el Angelus.

Volvemos al pueblo. Moguer: romano y árabe, 8.000 habitantes, partido judicial, a 20 km. de Huelva, menos de 90 de Sevilla. Ya es noche cerrada. Cielo gélido y estrellado. Moguer encendido y silencioso. Salimos por la calle del Sol. Ya nos hemos despedido de los amigos. Vuelvo atrás la cabeza. «Y quedan, allá lejos, por las altas eras, unos agudos gritos, velados finamente, entrecortados, jadeantes, aburridos: ¡el lo...co! ¡el lo...co!». ■ J. M. de la R.

La casa blanca y el pino de Fuentepiña en el campo de Moguer.

